

**DESILUSIONES DE  
UNA DAMA  
DEL ADULTERIO A LA LUJURIA**

**RICHARD JIMENEZ**



# PRÓLOGO

En pleno siglo XXI, es increíble encontrarse con un sin fin de mujeres, que aun viven bajo el yugo y dominación masculina. Mujeres que por esencia, por debilidad o por temor, se entregan a la desdicha por mantener una apariencia digna, intachable e inmaculada, ante una sociedad, que muy poco le importa su estabilidad emocional, mental y física, permaneciendo al lado de un hombre maltratador, humillante y cobarde, incapaz de poder brindarle, los principios y valores que representan la convivencia en pareja, manteniéndose bajo el dominio de estos seres, muchas veces, por la dependencia económica. Esta situación, conlleva a la mujer, a soñar con la felicidad, la cual nunca alcanzara al lado de un hombre machista, pensando haber nacido para ser infeliz, continuando así su vida, considerándola normal.

Otras más valientes, económicamente independiente, que en muchos casos, son el soporte familiar, se aventuran en busca de vivir aquella pasión que las domina y que a pesar de muchos intentos, jamás consiguen disfrutar con su pareja, por el temor a ser juzgadas como prostitutas. Es así donde encuentran en antiguos amigos o novios de su pasado, aquel idilio que nunca pudo materializar por su juventud e inexperiencia, adentrándose en un mundo desconocido que lentamente la consume, seduciéndola cada día, por permitirle alcanzar el disfrute y los placeres que tanto anhelaba su alma, experimentando en su cuerpo toda la sexualidad que permanecía dormida internamente, dejándose arrastrar por los deseos, fantasías, la pasión y la

lujuria. Renaciendo en alma y espíritu, transformándose en una nueva mujer.

He aquí en donde comienza la historia de Alexandra Duque. Una mujer valiente, emprendedora, apasionada, llena de deseos y fantasías inconclusas. Que se atrevió a vivir sus sueños y experimentar el mundo, al lado de un antiguo amor platónico.

# CAPITULO I

## DIVINA COINCIDENCIA

En el otoño del 2012, al término de mis vacaciones laborales, regresaba a casa en mi ciudad natal, luego de descansar por dos semanas en las costas caribeñas. Algo que hacía mucho tiempo había planeado, pero nunca había concretado, porque siempre me inventaba una excusa para posponer el viaje. ¡No sé porque lo hacía!, nunca tuve impedimento alguno para viajar. ¡Quizás se debía a mi soledad!, ya que no contaba con una compañera sentimental en aquel momento de mi vida.

Para aquel otoño, acompañado por la soledad, desmotivado y careciendo de afecto sentimental, sin poder compartir bien sean tristezas, o alegrías, decidí emprender viaje y disfrutar de mis vacaciones.

Durante mi vida, había tenido tres relaciones formales, las cuales fracasaron dejándome 5 hijos en total: 4 hembras y un varón. La primera relación la tuve a los 15 años (aun era un niño, por así decirlo), era un joven inexperto e inocente. Tuve mi primera hija dándole fin a la relación, que duro, lo que el embarazo y el nacimiento de la misma. La segunda relación duro un poco más, tenía yo 20 años y tuve dos hijos, un varón y una hembra, pero igual fracaso. La tercera y última relación sentimental, teniendo ya 29 años, me dejo unas gemelas hermosas. Esta última relación, hacia ya dos años que había terminado, fue una convivencia muy tormentosa con alguien que me

había dejado muchos sin sabores y lleno de amarguras. Peor que las dos relaciones anteriores.

Durante esos días en la costa, hospedado en una posada acogedora a la orilla del mar, la cual atendía una señora de unos 65 años de edad (aproximadamente, ya que no lo sabía con certeza), llamada Lucrecia, a la cual, por respeto y habiéndome inspirado un afecto maternal al conocerla, le llamaba: “Doña Lucrecia”. Era una mujer encantadora y de buen corazón, la cual me hizo reír con sus anécdotas. Me contó cosas de su pasado en los largos momentos que pasábamos durante el desayuno, ya que solo estábamos los dos (algo muy extraño, debido a que era temporada alta, y yo, su único inquilino). Toda su vida la paso al lado de un hombre español, procedente de las Islas Canarias, inmigrante, que llegó a la costa en busca de un porvenir. Aquel hombre quedo encantado por la calidez y los paisajes de esta tierra. Se dispuso a construir aquella posada en compañía de Doña Lucrecia, que para aquel momento aun era su prometida. Se caso con aquel hombre al cual admiraba, emprendiendo una vida juntos en aquel negocio que prosperó muy pronto, por la afluencia de turistas que venían de distintos lugares del hemisferio. Nunca tuvieron hijos y hacía poco que ella había enviudado, heredando del que fuera su marido, aquel legado.

Todas estas vivencias me llevaron analizar mi vida, para darme cuenta en que se había convertido mi existencia, al no tener una compañera sentimental y tener 5 hijos con los cuales no podía compartir, ya que vivían con sus madres y era imposible compartir con todos a la vez.

Tuve mucho tiempo para reflexionar y comprender que había pasado mi vida casi sin sentido, de no ser por mis hijos. Ya con 36 años a cuesta y sin una estabilidad emocional, había aceptado la soledad como compañera de vida. ¡Si, la había aceptado!, porque la veía como a una mujer insistente y recurrente en mi vida, como una acosadora que lucha hasta conseguir lo que busca, teniendo como único objetivo, apoderarse de mi alma para siempre.

Aceptando mi realidad con desconsuelo, me dispuse a regresar a casa emprendiendo mi viaje de vuelta, que duraría 8 horas de caminos en penumbras hasta mi ciudad. Durante el viaje, entre pensamientos y somnolencia transcurrió el tiempo casi sin percepción.

Arribando a la terminal de pasajeros, me levante de mi asiento tomando un pequeño equipaje de mano que llevaba conmigo. Camine por el pasillo hasta la puerta a un lado del conductor, esperando se detuviera en el andén para bajar. El autobús se detuvo y baje en seguida, para evitar el tropel de pasajeros que venían de viaje junto conmigo. Eran ya las 6:05 am, espere un rato para retirar el resto de mi equipaje que venía en el compartimiento inferior. Luego camine por la terminal hasta una línea de taxis y aborde uno con rumbo a casa. Durante el trayecto posé mi cabeza contra el vidrio de la ventanilla, logrando contemplar un bello amanecer con un cielo multicolor y con nubes abstractas en el firmamento. Era un espectáculo alucinante. Al llegar a casa, el conductor se porto amable y me ayudo a descarga las maletas, colocándolas en la orilla de la calzada frente a mi casa.

Las recogí de la acera y entre a casa dejándolas en la sala, pasando directo a la habitación a descansar del viaje. Más tarde, casi a medio día, me levante y tome mi moto (un Honda shadow 400 cc) para salir a comer algo, en el trayecto me detuve en una panadería situada en la carretera H. Me estacioné y entre al establecimiento donde pedí dos sándwich y una gaseosa, los cuales comí con desespero, como si alguien amenazara con quitarme la comida. Luego salí y me dirigí hasta la moto sentándome encima de ella, sacando un cigarrillo del bolsillo de mi camisa y encendiéndolo, al cual le di una profunda calada que me mareo, producto del largo rato que tenia sin fumar. Mientras me deleitaba con el cigarrillo, miraba como fluía el trafico de la ciudad un tanto distraído, que a la vez y con aire melancólico, me llevo a pensar en lo bien que me hizo viajar y que había llegado el momento de comenzar esa nueva etapa de soledad en mi vida.

Apartando los pensamientos y acomodándome en la moto, la encendí para regresar a casa. En el camino por la carretera H, en un momento de precaución en la intercepción de la calle Baralt, disminuí la velocidad para mirar a ambos lado, donde un destello de mujer me obligo a detenerme, haciéndome dar la vuelta en U hasta acercarme y verla en detalle, para estar seguro de no confundirme.

Fue entonces cuando la vi caminando por la Calle Baralt, dirigiéndose a la Carretera H y llegando a la esquina de El Centro de Salud Integral. Elegante, hermosa mujer de cabellos rubios, largos hasta un poco más abajo de los hombros y con largas piernas espigadas. Vestía una braga enteriza con estampados de formas abstractas en

color fucsia, matices verde, azul y amarillo, con un pronunciado escote en su espalda. La braga era ceñida a su cuerpo de la cintura hacia arriba, siendo holgada hacia abajo en forma de pantalón que ondeaba al caminar. Sus sandalias de plataforma alta y de un fucsia más resplandeciente, hacían juego exquisito con su bolso. En sus hombros lucía un chal, el cual dejaba caer en forma de chaleco sobre sus pechos, dándole un hermoso contorno a su figura.

Era ella, Alexandra Duque, la mujer con la cual he soñado desde mi adolescencia, igual de hermosa y atractiva como cuando trabajaba en aquella tienda por departamento, en donde tuve la suerte, o quizás, la mala suerte de conocerla, ya que para ese momento me encontraba, en una relación sentimental con una joven que trabaja en el mismo lugar, pero que nunca llegó a inspirar en mí, lo que inspiró esta hermosa joven en ese tiempo de mi adolescencia.

Me acerque deteniéndome a su lado a la orilla de la carretera. La saludé sin atreverse a voltear a verme, ignorándome por completo mientras miraba a ambos lados de la H como buscando un taxi para dirigirse a su destino. Ese gesto, a pesar de ser tan natural en una mujer, hirió un poco mis sentimientos hasta el momento que mencione su nombre:

— ¿Alexandra como estas? -casi no podía contener la emoción de verla- ¿me recuerdas?

Ella volteó a mirarme con una sonrisa (quizás para no parecer grosera) y al verme, frunció un poco el seño, noté

un aire de duda en sus facciones y mirándome como rebuscando en su mente, quizás para encontrar mi rostro entre tantas amistades de su pasado, me respondió entusiasmada:

\_\_\_ ¡Hola Octavio!, ¿como estas? que de tiempo que no nos veíamos.

\_\_\_ ¡Así es! - repuse emocionado, al saber que me recordaba y no había olvidado mi nombre, entonces pregunté- ¿hacia dónde te diriges?

\_\_\_ Me dirijo al Ayuntamiento hacer unas diligencias - respondió.

Entonces me ofrecí a llevarla, a lo cual, acepto complaciente y con una picardía en su mirada mientras se montaba en mi moto, tomándome por los hombros para apoyarse al subir, para luego rodear con sus manos mi cintura, lo cual me hizo estremecer, obligándome a contener las ganas de suspirar, para no delatar la emoción que sentía al tener sus manos sobre mí. Ya con ella de copiloto, emprendí la marcha hacia el Centro de la Ciudad.

Mientras nos dirigíamos al ayuntamiento, en el Centro de la Ciudad. Un trayecto no mayor a 5 minutos en motocicleta, íbamos conversando de situaciones pasadas, recordando sucesos de nuestra adolescencia y de cómo había pasado tanto tiempo sin vernos, a pesar de vivir en una ciudad tan pequeña.

Nos detuvimos frente a un edificio de 5 pisos de altura, con una estructura mediocre y tan mal distribuida, que era imposible pensar que eso podría ser obra de un arquitecto.